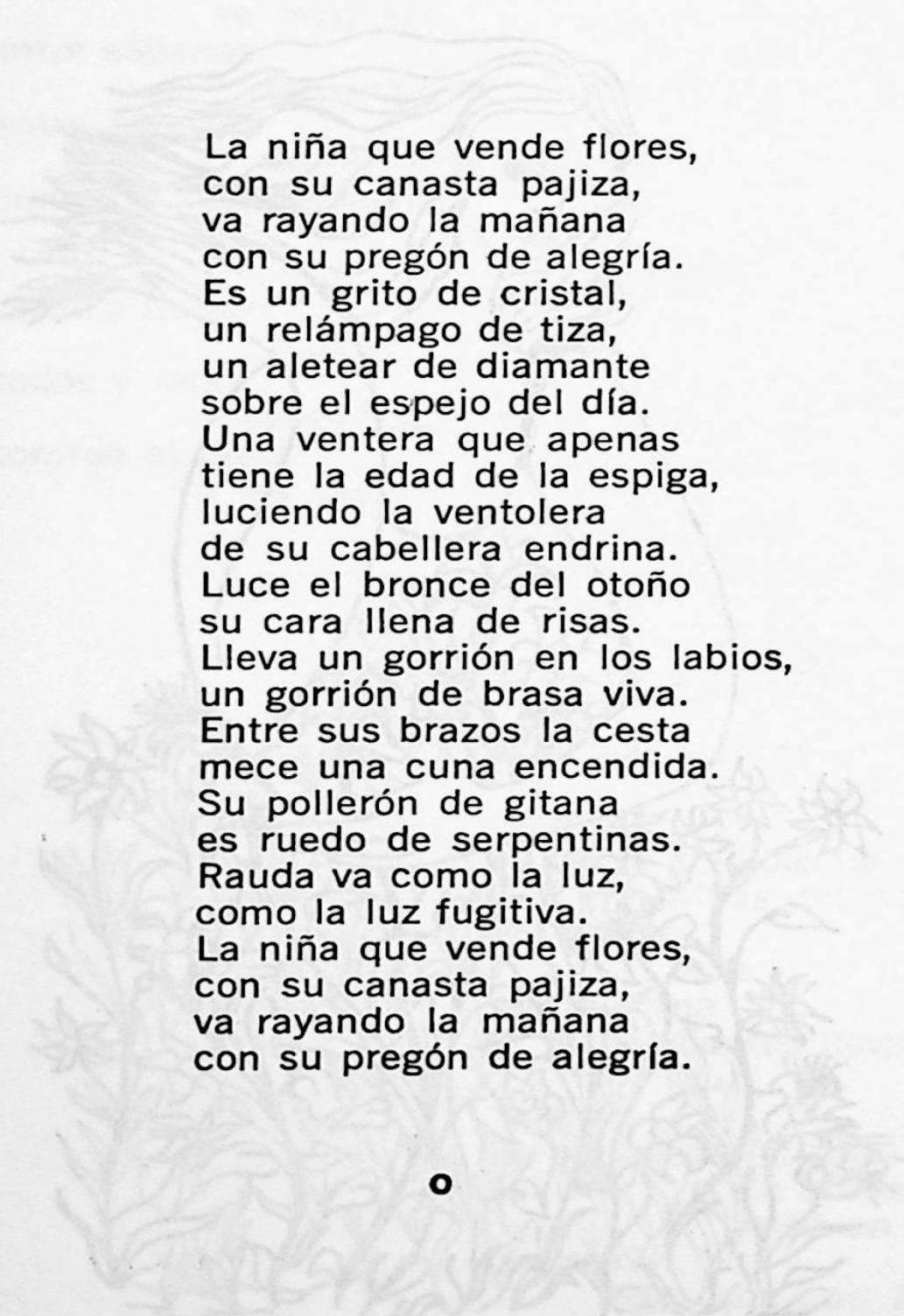


la niña que vende flores

Fernando Binvignat



La niña que vende flores,
con su canasta pajiza,
va rayando la mañana
con su pregón de alegría.
Es un grito de cristal,
un relámpago de tiza,
un aletear de diamante
sobre el espejo del día.
Una ventera que apenas
tiene la edad de la espiga,
luciendo la ventolera
de su cabellera endrina.
Luce el bronce del otoño
su cara llena de risas.
Lleva un gorrión en los labios,
un gorrión de brasa viva.
Entre sus brazos la cesta
mece una cuna encendida.
Su pollerón de gitana
es ruedo de serpentinas.
Rauda va como la luz,
como la luz fugitiva.
La niña que vende flores,
con su canasta pajiza,
va rayando la mañana
con su pregón de alegría.

o

Y la canasta rebosa
de hervores de fresca tinta.
Todas las flores silvestres
como un brasero de avispas.
Lirios del campo, azulillos,
rosas cándidas, tulipas,
un colmenar de violetas,
añañucas agostizas,
malvas, y juncos, y nardos,
clavelines, margaritas.
Las lágrimas de la Virgen
entre cendales dormías.
Cogollos de toronjiles
y arroyos de yerbaluisa.
Un incendio de colores
en la canasta pajiza.
Por las ventanas se asoma
el ayear de las vecinas
y se abren de par en par
las puertas que el sol barniza.
Está embanderado el barrio
con esquinazos de albricias.
¡Qué donosura que tiene
el cielo de mi provincia!
Y todo por la ventera,
y todo por esta niña
que vende flores y sueños
con gracia de mandarina.

La niña que vende flores,
von su canasta pajiza,
va rayando la mañana
con un pregón de alegría.

Y cuando pasa, la calle
con qué silencio la mira
que va dejando en el aire
de la "quietud pueblerina"
una estela de fragancia
y el beso de su sonrisa.